

La Jornada  
**SEMANAL**

SUPLEMENTO CULTURAL DE LA JORNADA  
DOMINGO 24 DE DICIEMBRE DE 2023  
NÚMERO 1503

# LA NAVIDAD: ESE CUENTO

Alexandros Papadiamandis, Marco Antonio Campos, Evelina Gil, Hermann Bellinghausen, Gustavo Ogarrío, Luis Tovar, Lorena Sanmillán, Rafael Aviña, Javier Bustillos Zamorano, Alejandro Montes y Antonio Valle

NO ES POSIBLE, de ninguna manera, pensar  
de forma equivocada. "Por  
que no es correcto que su  
y tiene que hacerse tanto

TEXAS ES UN bicho venenoso, sobre todo  
para los mexicanos que buscan nuevos hori-  
zontes. El Bravo, como decía el clásico,  
aprovechan también los vendedores de armas.

Policía C  
sobre nu



Portada: Collage de Rosario Mateo Calderón.

## LA NAVIDAD: ESE CUENTO

Como dice la letra de una canción de las que sólo se escuchan en esta temporada, “esta noche es Nochebuena y mañana Navidad”. La última posada del año, la cena, los regalos, las casas adornadas... sea que se profese o no la religión que la convoca, se pretende que la Navidad es propicia para que felicidad y bienestar florezcan en el alma, y tal vez así sea para millones en el mundo; empero, como es más que sabido, también es pretexto inmejorable para un consumismo desatado y, en el flanco de los ánimos, lo que para unos es alegría –ficticia o no, genuina o inducida– para otros es un motivo más para la depresión, quebrantos varios, ausencias, sinsabores, como el “diciembre me gustó pa’ que te vayas” de la amarga Navidad de José Alfredo u otros que, más próximos al desamor o al inocente desengaño, desmienten cualquier intento de unanimidad sentimental y demuestran que la Navidad bien puede ser un cuento y nada más. Los reunidos en esta ya tradicional entrega navideña son cuentos que no escatiman en realismo y, por lo tanto, están lejos de visiones rosas y dulzonas, exactamente como el mundo del que se hacen eco.

DIRECTORA GENERAL: Carmen Lira Saade  
DIRECTOR: Luis Tovar  
EDICIÓN: Francisco Torres Córdova  
COORDINADOR DE ARTE Y DISEÑO:  
Francisco García Noriega  
FORMACIÓN Y MATERIALES DE VERSIÓN DIGITAL:  
Rosario Mateo Calderón  
LABORATORIO DE FOTO: Adrián García Báez, Israel Benítez Delgadillo, Jesús Díaz y Ricardo Flores  
PUBLICIDAD: Eva Vargas  
5688 7591, 5688 7913 y 5688 8195.  
CORREO ELECTRÓNICO: [jsemanal@jornada.com.mx](mailto:jsemanal@jornada.com.mx)  
PÁGINA WEB: <http://semanal.jornada.com.mx/>  
TELÉFONO: 5591830300.

La Jornada Semanal, suplemento semanal del periódico La Jornada, editado por Demos, Desarrollo de Medios, S.A. de CV; Av. Cuauhtémoc núm. 1236, colonia Santa Cruz Atoyac, CP 03310, Delegación Benito Juárez, México, DF, Tel. 9183 0300. Impreso por Imprenta de Medios, SA de CV, Av. Cuicatláhuac núm. 3353, colonia Ampliación Cosmopolita, Azcapotzalco, México, DF, tel. 5355 6702, 5355 7794. Reserva al uso exclusivo del título La Jornada Semanal núm. 04-2003-081318015900-107, del 13 de agosto de 2003, otorgado por la Dirección General de Reserva de Derechos de Autor, INDAUTOR/SEP. Prohibida la reproducción parcial o total del contenido de esta publicación, por cualquier medio, sin permiso expreso de los editores. La redacción no responde por originales no solicitados ni sostiene correspondencia al respecto. Toda colaboración es responsabilidad de su autor. Títulos y subtítulos de la redacción.

# MARÍA ELENA

Javier Bustillos Zamorano

DE UN DÍA para otro decidió aprender plomería. ¿Plomería? Sí, respondió a quien le preguntó y en seis meses supo casi todo sobre tipos de tubería, soldaduras, instalaciones hidráulicas, de gas, tinacos, peso del agua... empezó arreglando desperfectos en su casa y en la de sus sorprendidos familiares. Satisfecha, tomó después el primer trabajo en serio: una conexión especial a la regadera de un departamento, en un edificio del centro de la ciudad.

Ya conocía el sitio y no le extrañó ver desierta esa azotea. Ordenó el material que iba a usar: metro y medio de tubo de cobre, dos llaves de paso, un recipiente metálico, ocho litros de ácido muriático, soldadura, cartucho de gas butano, soplete, pasta fundente, lija, y trabajó toda la tarde hasta que declinó la luz del día y aumentó la algarabía de niños que anunciaban la Nochebuena.

De regreso a su casa repasó mentalmente lo hecho: recipiente metálico, tubo conectado a la tubería de la regadera, llave de paso abierta, llave de paso de tinaco cerrada, sí, perfecto.

Ya en su casa, sola, no sintió la tristeza de siempre, al contrario, se acordó de Juan y sus cosas, sus ocurrencias; cómo se reían juntos de sus manías: ¿Por qué te gusta bañarte así? ¿Así cómo? Sí, te paras como zonzo frente a la regadera, abres la llave y esperas el primer chorro de agua helada en tu cara. ¡¡Sólo así me quito la calentura que me provocas!! ¡¡Ahhhhh!! ¡¡Uhhhhh!! Y la carcajada de la entonces hermosa y feliz María Elena.

Tomó su espejo de mano, se quitó el tapabocas cotidiano y se miró el rostro. Si, pensó con una sonrisa, será un buen regalo de Navidad para Juan ●



# DOS VECES MONTEVIDEO

**Gustavo Ogarrio**

**I**  
**ERA CAPAZ DE** sentir en los huesos el presagio de la lluvia y de algunas tormentas. El fémur y la clavícula en paz cuando de ir al Parque Rodó se trataba. Los fríos letales del invierno difícilmente eran evocados ante el extenuante calor del verano. Terrazas y balcones dispuestos hacia el río en su hacerse con el mar. Un palacio viejo y absorto en la contemplación del tiempo. Las tiendas antiguas de masitas de manteca sin destino ya que cumplir en la hojarasca de la última modernidad. Una voz de seseo pronunciado hablaba de la demolición de La Giralda, la confitería en la que el abuelo tomaba el café y la abuela el té. Toman su mesa de siempre los antepasados en la esquina de 18 de Julio y Andes, reseñados por la memoria de maneras distraídas. Como si esos rostros con sombreros de copa o bombín, pamelas con plumas y piedras, el bicornio de Napoleón, no advirtieran su forma de ser inmortales.

Las mandíbulas trituraban suavemente las achuras. En el Hospital Pasteur morían las tías que durante el invierno se congelaban en soledad antes de que llegaran los calefones con la energía eléctrica ya domesticada. Los perfumes convivían con las úlceras al bailar los tangos recién aprendidos. Los ataúdes esperaban a sus clientes con un cigarrillo rubio en la boca de amables sepultureros. Templos ingleses quebrados por el tiempo y un entrevero de lenguas que habían cruzado mares y océanos.

A las cinco de la tarde el follaje de los plátanos enredaba los diez o doce tonos verdes de pinceladas vivas que se rehacían una y otra vez con el viento. Era capaz de saber, con tan sólo mirar las orejas, si las personas dormían de lado, chupándose el dedo o si roncaban estrepitosamente.

**II**  
**HABÍA BUSCADO EN** sus palabras un motivo para compadecerlo o para dejar de escucharlo. Pero sólo había huellas hipnóticas, pisadas intangibles de vacas de ojos mansos y dulces en su camino rutinario al sacrificio. Palabras tercas que se detenían en las pieles colgantes de bodegas que replicaban laberintos por los que escurrían los hilos de sangres amables.

Escuché un apellido polaco, quizás Dabrowski... y luego una historia de cueros y zapatos, superficies de grano, abrigos y bolsas; una navaja en el estómago del polaco y un canario huyendo por las calles del puerto.

De pronto, al doblar con su voz en una esquina del muelle, ya estábamos entrando en esa guerra de tactos en un viejo bodegón percutido. Tasando las mismas pieles con

las manos hoscas, curtiendo al adversario con la mirada. En las dos mesas largas, las vacas sin alma se terminaban de transformar en negocios afortunados y en bofetadas oportunas para trazar las jerarquías. Cigarrillos cortos en la boca, una danza algo tensa de gestos y de sombreros declinantes. Se bebía y comía en medio de una espesa y peligrosa asimetría.

Dos hombres más bien tristes tocaban sus tambores al fondo de esa nave que crecía en cada golpe de vista. Había caballos que no se percibían, muertes antiguas que colgaban de las paredes, la risa exagerada de un gaucho fanfarrón, la mirada severa de un inglés que exigía mejores acabados; velas y candelabros que alumbraban la dureza de ese comercio. Había una fiesta secreta por esos cueros ilícitos y suaves. Los combates mercantiles por el botín se repetían sin pausa, en un follaje de voces, regateos y gritos sin alarma.

Afuera, las embarcaciones se replegaban en las orillas para resguardarse mejor de las oscilaciones lunares ●



# EL PREMIO CERVANTES

Marco Antonio Campos

a Jesús Morales Bermúdez

**MIGUEL ALEJANDRO** tenía quince años y acababa de entrar a la Preparatoria del Sureste en una pequeña ciudad del sur veracruzano. Hijo único, leía y escribía poemas a espaldas de sus padres, con la angustia de que descubrieran su vocación. En la secundaria, de donde acababa de salir, conocían de su afición, y no sin un dejo de burla lo llamaban Rapsoda, Rapsoda por aquí, Rapsoda por allá, Rapsoda más allá..., y él a veces explotaba: “Rapsoda su chingada madre, cabrones.”

Al fin se decidió a hablar con su padre, el rico comerciante en telas D. Fidel Albores, para decirle que pensaba estudiar Letras en la universidad y consagrarse a la poesía. Como sucede en estos casos, el padre puso el grito en el cielo: “Habiendo tantas carreras universitarias y me sales con tu batea de babas. No te das cuenta de que, o acabarás loco, o te morirás de hambre, o se reirán de ti, en fin, ya te veré lamentando tus desdichas en versos que sólo tú y cuatro gatos leerán. No te mando ahora a un monasterio porque acabarás violado por un cura.” La madre, doña Luisa, asentía a todo lo dicho por el marido.

Por esos días Miguel Alejandro leyó por casualidad una convocatoria de un concurso de poesía para jóvenes en Castilla la Vieja con el tema del *Quijote*. El premio consistía en mil euros y un viaje a España con los gastos pagados y un recorrido por los sitios de la novela. Entre 527 trabajos, ganó el primer lugar.

Doña Luisa no sólo se volvió fan de su hijo, sino lo homenajeó a su manera: se hizo también poeta. Volviendo a leer sus clásicos como Juan de Dios Peza y Amado Nervo, Margarito Ledesma y Rodolfo Figueroa, oyendo los discos de Berta Singerman y Manuel Bernal, empezó a escribir febrilmente. En las tertulias con las amigas o en escuelas o en los dos pequeños teatros había un lugar para que doña Luisa recitara sus poemas o los de sus autores predilectos, sin importarles que no tuvieran los versos la entonación adecuada o que sus ademanes aparatosos parecían aprendidos en el manicomio. “Qué fabuloso recitas”, le decían sus amigas sin que percibiera la sorna.

Pronto, los habitantes de la pequeña ciudad, enemigos de todo sentido crítico, comentaban que el verdadero poeta de la familia era ella, y su poesía daba lustre al estado de Veracruz. El alcalde la nombró, por sus méritos estéticos, primero, Poeta de la Ciudad, y luego la designó

directora de Cultura del municipio, donde echó a andar de inmediato los Juegos Florales, las veladas literarias y creó talleres y clases de declamación.

Estoy jodido –decía don Fidel en la céntrica cantina De Aquí no Salgo, mientras se doblaba a blancas–, yo, que me he burlado siempre de los poetas, tengo a un par de chiflados en la casa.

Aunque era un bebedor moderado, don Fidel, para llegar lo más tarde a su casa, salía de la cantina cuando la cerraban. Jugar dominó para él era con mucho lo que lo ponía de mejor humor.

Doña Luisa publicó en los quince años que duró como directora de Cultura tres libros: *Vida: nada me debes*, *Faro de esperanza* y *Sueño mentiroso*, los cuales, a falta de librerías en la ciudad, se vendían en los puestos de periódicos y varias de sus amigas sabían algunos poemas de memoria. Cuando dejó el cargo sus libros misteriosamente dejaron de venderse al grado que los habituales difamadores, que en ninguna parte faltan, decían que la gran mayoría los mandaba comprar ella misma.

Durante los siguientes quince años, desde que ganó el Premio Cervantes, Miguel Alejandro se recibió de licenciado en Letras en la Universidad de Tabasco, regresó a la ciudad, y desde hacía ocho años daba clases de Retórica y Estilo en una preparatoria privada y se dedicaba a escribir discursos para los políticos en turno. Ahora fungía como secretario particular del alcalde. Hacía un par de años se casó con la reina de los Juegos Florales, Beatriz I, y del matrimonio habían nacido un niño y una niña. Pese a que nunca publicó un libro y la poesía ahora le resultaba extraña, sus excompañeros de la secundaria y de la preparatoria lo llaman aún Rapsoda, pero como hombre decente que se respeta ya no les mienta la madre.

Últimamente, sintiéndose más cerca de su padre que de doña Luisa, a Miguel Alejandro se le ha visto frecuentar la cantina, ahora llamada De Aquí no Sales, que significa lo mismo pero en vocativo, y bebe y hace el cuarto en el dominó, ante la alegría de D. Fidel Albores, que se siente acompañado, y cada tanto dice: “Mi hijo es lo mejor que tengo en la vida, y además, me ha dado dos preciosos nietos que hacen feliz mi entrada a la vejez. Ojalá no se hagan poetas.” Y el hijo, para compensarlo, sin que se dé cuenta don Fidel, le deja que gane la mayoría de partidas en el dominó, viendo entre las fichas, no muy lejos, la tajada mayor de la herencia ●

# ¿QUIÉN TE TOCÓ EN EL INTERCAMBIO?

**Lorena Sanmillán**

**ES EL ÚLTIMO** día de clases en la Facultad antes de irte a las vacaciones de invierno y no sabes cómo sacarle plática. En el salón han organizado un convivio; comparten tamales, buñuelos, abrazos, regalos de broma y *de verdad*. Tú, ayudada por el anonimato, has llevado un camote. Con un dado deciden quién tomará los regalos de broma. Número par se lo gana. Ella. Tu obsequio provoca muchas carcajadas y albures. No dejas de verla. Cuando canta “El burrito sabanero” hasta te gusta la canción que el resto del tiempo te fastidia. Le llevas de regalo un cassette del Binomio de Oro.

Quieres acercarte a ella. Morena, cincuenta y un kilos de sensualidad, uno sesenta de estatura, abdomen marcado como para lavar tus calzones blancos, piernas que al competir con la Victoria de Samotracia ganarían. Quieres decirle algo. No se te ocurre nada. Cuando llega la hora de quebrar la piñata, ambas toman los extremos del mecate. Sabes que se te acaba el tiempo. Hiciste trampa con los nombres del intercambio *de verdad* para que te tocara ella y no se lo has dado.

Al terminar la piñata comienzan a irse los demás. Responsable como eres te acomides a recoger la basura; ella también. De música de fondo se escucha una canción vallenata. “¿Y quién no se inspira al verte linda?” Suena la grabadora y quieres cantar. No te atreves. Ella comienza a bailar y el aire se mueve a su antojo. Quieres acompañarla. Tampoco te atreves. “Dame una esperanza/ que me he enamorado.”

Al darle su regalo te pregunta qué vas a hacer en vacaciones. Apenas termina la frase, corrige: ¿Qué vas a hacer al rato? Sin darte tiempo de contestar dice que tiene que ir a ver una casa que va a remodelar, te invita a acompañarla. Accedes. No le dijiste que irías a París. Revisas el pino: no hay nada con tu nombre. Piensas que te estafaron.

Llegas a la cita antes que ella. La esperas. Quieres decirle tantas cosas. En sus pisadas reside el punto inicial del universo. Entran a la casa. Tiene problemas con una escalera que va a demoler, no sabe dónde ponerla; observas, mides, le das opciones. Te encanta su rostro que es una representación perfecta de la sección áurea. Recorren los espacios, platican, sonrín. Al subir la escalera que derrumbará le cedés el paso: quieres ver sus nalgas en acción.

Entre la plática le cuentas que irás al Louvre. Ambas cambian el tono. En sus ojos hay desafíos: ¿Qué harías si te dejaran tocar a la Victoria de Samotracia? La adoraría y la acariciaría toda. Le gusta tu respuesta. Se acerca a ti. Roza tus labios al hablar. No te besa. ¿Si me tuvieras a mí sin reservas qué harías? Después de soltar ese arpón se aleja, modela. Ves cómo se desnuda. Tiemblas. Voltea y la

contemplas. Toda. La recuestas sobre los planos en el respirador. Tu mirada la recorre despacio de los cimientos a la cúspide. Es la mujer de Vitruvio. No te atreves a tocarla. Tus manos tiemblan apenas te acercas, y sientes que no puedes sostenerte en pie. Respiras el aroma de su manantial, el gineceo de su aura. Tu sexo se convierte en acueducto. Llenas tu alma y tu mirada de ella. Disfruta el reiki amateur. Se viste. Se besan. Se despiden. ¡Felices vacaciones, felices fiestas! Se desean.

Al volver a clases ninguna comenta algo del encuentro. Nunca vuelven a estar tan cerca. Se gradúan y cada cual sigue su vida. Poco después de terminar la maestría te la encuentras en las escaleras de Paseo Tec. A ambas les da gusto. Platican por horas estorbando a los demás que también hacen sus compras navideñas. Sigue preciosa y tú ya no tienes miedo, arriesgas una frase suicida: No te reconocí vestida. Sonríe. Asiente. Con la mirada recorre el diseño del plafón donde han dispuesto esferas gigantes y ustedes se reflejan a la distancia. Se muerde los labios, escoge palabras para responder. Desconcertada, piensas si está molesta. Destierra el silencio, sus ojos brillan, termina la duda: ¿Vestida? Sí, claro –la frase letal es para ti–: Esa Navidad toda yo era tu regalo, pero te apendejaste ●



# EL VÍNCULO

Evelina Gil

**PATY Y YO** teníamos mucho en común pese a no ser, necesariamente, mejores amigas: éramos las más altas del salón de cuarto grado y, por consiguiente, ocupábamos el más recóndito mesabanco, lo que forzaba la intimidad y nos permitía intercambiar confidencias y cosas. Casi sin darme cuenta me dejé convertir a su culto por los grupos KISS y ABBA (más el segundo) y mientras miss Alicia se movía y jadeaba ante el pizarrón, con dificultad de globo aerostático, ella y yo intercambiábamos estampas, fotos, revistas o casetes. Físicamente no podíamos ser más distintas: ella me aventajaba con un par de centímetros, poseía delgadez de cervatillo, una larga trenza rubia y ojos celestes de lágrima fácil. Yo era más bien robusta, de abundante cabello negro, retenido en estirado chongo (mi mamá me hacía llorar cada mañana al reñir contra mis rizos negroides) y rasgos mozárabes.

Era diciembre de 1976, cuenta regresiva para las vacaciones de Navidad. La miss nos dejó libre la clase de Ciencias Naturales y mi compañera y yo acordamos aprovecharlo para redactar nuestras cartas para Santa Claus. Extrajimos nuestras cajas de colores y procedimos a hacer dibujitos en una página en blanco mientras compartíamos y analizábamos nuestras respectivas ilusiones. Había demasiado ruido, como siempre que se relajaba la autoridad, y nos esforzábamos por hacernos escuchar por encima de los chirridos y los parloteos. Paty decía que deseaba un nuevo tocadiscos y una muñeca parlante vestida como las mujeres de la familia Ingalls; a mi vez, yo tenía muy claro que ese año solicitaría un escuadrón de avioncitos (soñaba con ser piloto, por mucho que me dijeran que las mujeres eran incapaces de pilotear aviones), una Barbie azafata, negrita (aunque entonces las Barbies afro eran utópicas) y una nueva bici porque acababa de romper la mía. “Esta vez pediré una morada”, dije, mientras coloreaba, y Fernando, que se encontraba visitando a Juan Carlos, sentado a un costado de nosotras, aguzó el oído, siempre presto a fastidiar a las niñas:

–¿Escuché bien? –dijo el güero dientón, gesto burlesco y ojos brillantes–. ¿Escuchaste a este par de taradas, JuanCa?

JuanCa no le siguió el rollo a Fernando pues Paty era prima de su novia, que estaba en el mismo grupo. Trató de desviar su atención, pero el güero porfió: –¡Creen en Santa Claus!

Paty y yo brincamos al unísono, como si nos hubieran atrapado en una maniobra vergonzosa. Y nos fuimos poniendo rojas, rojas, al captar que la escandalera de Fernando había distraído de sus actividades a varios compañeros que, ahora, fijaban en nosotros sus ojos perplejos, entre ellos Carla, la pelirroja prima de Paty.

Paty, que tendía a tartamudear cuando se enojaba, con-

frontó a los curiosos: ¿Y...y bien? ¿Cu...cuál es el problema? ¿Us...ustedes no esperan a San...Santa?

Por respuesta obtuvo un coro de carcajadas, entre las que sobresalía la de Fernando. Advertí que Carla intentaba, infructuosamente, hacer callar a Paty. Miss Alicia permaneció quieta como un gran Buda, haciendo cualquier cosa con sus regordetas manos. Fernando porfió:

–¡No cabe duda que son taradas! ¿Es que acaso no han captado que son sus padres quienes ponen los regalos bajo el árbol? Vamos, no se necesita ser genio para saber... yo lo deduje desde los tres años...

–¡No son nuestros padres! –intervine, al borde del llanto como la propia Paty–. ¡Lo que pasa contigo es que eres un perverso, y por eso tus papás tienen que salir al quite pues Santa debe haberte borrado de su lista!

–¡Pues no, *geniecita!* –salió al quite Georgina, la sabihonda del grupo, meneando su larga cabellera como de comercial de champú–. ¡Si Santa Claus existiera no recibirías absolutamente nada!, ¿o de verdad se creen muy merecedoras?

–¡Cállate! –lloriqueó Paty–. ¡Yo sí me porto bien todo el año!

–A ver... a ver... terminemos de una vez por todas con esta farsa –tronó Fernando– ¡Oiga, miss Alicia!

–¿Dígame, Zapata? –por fin la miss salió del marasmo y dirigió a Fernando una mirada atenta.

–Henríquez y Castillo creen en Santa Claus... ¡por favor, sáquelas de su error...!

–Santa Claus no existe –procedió a decir la miss, con gélida inexpresividad y un cierto desdén en la mirada–. Es un engaño de los padres... y ustedes ya están muy grandecitas para estar con esas idioteces.

Paty y yo intercambiamos una mirada intensa y acuosa y nos echamos a llorar como un par de criaturitas, en medio de risas y burlas, sin abrazarnos, acaso por temor a parecer todavía más ridículas. *Es un engaño de los padres.* Aquellas crueles palabras reverberaban en mi cerebro. Mis papás, y de paso mi abuelita y mi tía Lu me habían engañado toda la vida. Tenía ocho años, era una niña, lo mismo que Paty, Miss Alicia siempre nos estaba reprendiendo, a Paty y a mí, por ser tan infantiles, por coleccionar estampitas y hablar de nuestros juguetes, y esta fue su estocada final. ¡Y cómo lo disfruté, la maldita! Demoler aquel perfecto vínculo que nos unía y, hoy sé, se llamaba *inocencia: Santa Claus no existe. Es un engaño de los padres* ●



# NAVIDAD EN LAS COLONIAS

**Hermann Bellinghausen**



**NUNCA PUDO HACER** las paces con la fiesta una vez que supo, demasiado pronto para su edad en esa época, que todo era escenificación. Allí empezó la batalla interminable con la autoridad, empezando por la de sus padres y el entusiasmo con que cumplían los rituales de Nochebuena. Después de sacar algunas conclusiones de rudimentarios Holmes o Poirot, su morbo y su boquita mensa lo echaron todo a perder, incluso para él. Es lo malo de los misterios, que pierden sentido cuando lo dejan de ser.

Desde mediados de diciembre quedaban estrictamente cerradas las puertas de la espaciosa sala-comedor que contenía sillones, dos lámparas de pie, el sofá del abuelo, la mesa extendible rodeada de sillas de madera firme, las vitrinas para porcelanas y el Baviera de nebulosas herencias, la consola. Y la estratégica chimenea. Un recinto especial donde el resto del año cabían la música y las visitas, nunca el televisor. “Ya viene Santaclós” era el argumento que abría un período tenso donde cualquier desobediencia o travesura era motivo para ser fulminado por un “no te va a traer nada Santaclós”. ¡Qué bien se portaban los niños esos días!

Comenzaban las tardes en que los padres desaparecían y los niños no los volvían a ver hasta la mañana siguiente. El más chiquito era un bebé. Fuera de las miradas, la sala inaccesible se cargaba de algo. A partir de cierto momento invadía la casa un aroma a pino fresco, señal de que el árbol ya estaba ahí. Un día descubrió (¿qué tenía, cinco, seis?) agujas de pino en el pasillo. El árbol navideño había entrado por la puerta y no por el acceso exclusivo de Santaclós, responsable de traer el árbol de algún bosque frío, con el extravagante hábito de descolgarse por el tiro de la chimenea.

Durante la temporada, las tarjetas de Navidad llegaban en cantidad. El pobre cartero flaco cargaba fardos rebosantes de sobres que le tambaleaban la bicicleta. En la cocina daba inicio la confección de galletas de canela y jengibre que serían regaladas a parientes y amigos en bolsas de celofán; en grandes latas antiguas de té inglés, la reserva de galletas a la plancha duraría mínimo hasta mayo. En otras casas se intervenía la fachada, como hasta hoy, con adornos y muñecos. En la suya no. La Navidad acechaba detrás de una puerta cerrada.

Como dicta la costumbre, los niños pedían juguetes y cosas con antelación. Algunas solicitudes debían negociarse con los voceros de Santa. Una pista de carritos eléctricos era demasiado cara para el Santa clasemediero que les tocó. Aunque daba sorpresas. Una vez trajo, sin que los niños lo solicitaran, un armazón con columpios y subibaja. Amaneció en el jardín una mañana siguiente de Nochebuena.

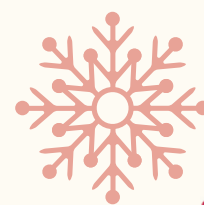
Su madre procuraba subrayar que la celebración obedecía al nacimiento del Niño Dios. El punto era Cristo, lo demás venía de pilón. Al padre eso lo tenía sin cuidado, mientras la emoción expectante se acumulaba hasta lo insoportable. La noche de 24 se abría por fin la dichosa puerta y los niños ingresaban al esplendor medieval entre villancicos en el estéreo y olor a leña. El hogar irradiaba. Velas y velitas por doquier, un sobrecargado y luminoso árbol con su estrella en la punta, ya entonces reliquia. Igual que las esferas y figuras databa de una o dos generaciones atrás. Sobre musgo verdenegro y heno gris, el nacimiento ocupaba el perímetro arbóreo con sus muñequitos distribuidos en la alineación oficial de los cristianos.

El alud de tarjetas recibidas en la temporada, esa noche reaparecía en un largo hilo a lo largo del muro del comedor, cada tarjeta colgada de un alfiler doblado en S. Sobre la mesa extendida y con mantel, las galletas y las viandas esperaban al pavo que se traería de la cocina y el desayuno entre aplausos. Sí, todo muy bonito y tradicional. En torno al árbol los regalos, etcétera. Felicidad excitada, llantos fuera de lugar, júbilos y berrinches.

Ajá, se dijo una vez. Qué Santaclós ni qué ocho cuartos, esto lo trajeron de Sears, eso de allá del mercado de Tacuba y la caca que misteriosamente apareció en la azotea no era de reno. El detective pueril ató cabos y corroboró sospechas. De uno u otro modo, así le ocurre a quien haya creído el mito de la Navidad. El gordo de rojo, barbudo y jojojó, su trineo y sus asistentes, eran un cuento chino. O alemán. O gringo. Ante toda la familia reunida, onda *Asesinato en el Orient Express*, en el lenguaje limitado de su temprana edad denunció la inexistencia del juguetero ártico.

Se lo tomaron a mal aunque el ofendido era él. Le dolía el desengaño más que el desenmascaramiento de la botarga oficial. Pese al *spoiler* prevaleció el interés material y los obsequios siguieron llegando cada fin de año, pero el inoportuno principio de verdad definiría en adelante las negociaciones de la carta a Santaclós en términos más claros y sinceros. “Este niño de grande va a ser sindicalista”, dijo la abuelita con horror.

Al paso de los inviernos sucesivos, sin verdadero motivo se le agravó la hostilidad hacia la fábula festiva. Pero como sentenciara un oftalmólogo ingenioso, a corcel obsequiado no se le periscopea el incisivo. Lo *caído* ●





# EL AMOR EN LA NIEVE

Aléxandros Papadiamandis\*



**CORAZÓN DEL INVIERNO.** Navidad, San Nicolás, Reyes.

Él se levantaba en la mañana, se echaba sobre los hombros el viejo chaquetón de marino, la única prenda de sus tiempos felices que se había salvado, descendía al mercado a la orilla del mar y, al bajar de la vieja casa medio derruida, murmuraba de modo que lo escuchara la vecina:

–Esta es pasión, no caldo... es amor y no es anciano.

Lo decía con tanta frecuencia, que las muchachas vecinas que lo oían al final se lo pusieron de apodo: “don Yanniós *el Amor*”.

Porque ya no era joven, ni bello, ni tenía dinero. Todo se lo había gastado muchos años atrás, junto con el barco, en el mar, en Marsella. Había iniciado su profesión con ese chaquetón cuando se embarcó como marinero en la *bombarda*<sup>1</sup> de su primo. De su paga de cuanto recibía de los viajes, adquirió acciones del barco, luego un barco propio y realizó buenas travesías. Había vestido paños ingleses, chalecos de terciopelo, sombreros de copa; se había colgado relojes con cadena de oro y había ganado dinero, pero acabó con todo eso en su tiempo con las *Friné*<sup>2</sup> de Marsella, y ya no le quedaba más que el viejo chaquetón que llevaba echado sobre los hombros cuando bajaba en la mañana a la playa, para embarcarse de acompañante en alguna *bracera*<sup>3</sup> de flete barato, o para ir en alguna barca ajena a sacar un pulpo en la bahía.

No tenía a nadie en el mundo, estaba solo. Se había casado y había enviudado, había tenido un hijo y lo había perdido.

Y al caer la tarde, en la noche, a medianoche, después de beber algunos vasos de vino para olvidar o calentarse, al volver a la vieja casa medio derruida, vertía en alguna canción su pena:

Callejuela mía larga y estrecha con tu bajadita  
hazme también a mí vecino de tu vecinita

y a veces, quejándose con buen humor:

Vecina, vecina, habladora y falsa  
ni una vez dijiste tú, ven mi Yanniós pasa a la casa

Pesado el invierno, días de cielo cerrado. Nieve arriba en las montañas, aguanieve abajo en el campo. Las mañanas recordaba la canción popular:

Llueve, llueve y cae la nieve  
y el pope con el molino de mano muele.

No molía a mano el pope, molía la vecina, la habladora y falsa de la canción del don Yanniós. Porque eso era, una molinera que trabajaba con las manos, que giraba el molino de mano. Nótese que en aquel tiempo los arcon-

tes del lugar tenían a mal comer pan amasado con harina de molino de agua o de viento, y preferían la molida en molino de mano.

Y la Habladora tenía mucha clientela. Resplandecía, tenía grandes los ojos, rosadas las mejillas. Tenía esposo, cuatro hijos y un pequeño asno para llevar la molienda. ✕ los amaba a todos; a su esposo, a sus hijos, a su pequeño asno. Sólo no amaba a don Yanniós.

¿Quién lo amaría a él? Estaba solo en el mundo.

Había caído en amores con la vecina, la Habladora, para olvidar su barco, las hetairas de Marsella, el mar y sus olas, sus penas y desenfrenos, su mujer, su hijo. Y había caído en la bebida para olvidar a la vecina.

Con frecuencia, cuando volvía en la tarde, la noche, la medianoche, con el chaquetón desprendido y resbalando de sus hombros, su sombra se proyectaba larga, alta y delgada en la callejuela larga y estrecha, y los copos de nieve, moscas blancas, bolas de algodón, hacían remolinos en el aire y caían en el suelo, y veía la montaña ponerse blanca en la oscuridad, veía la ventana de la vecina cerrada, muda, y el tragaluz de la casa brillar empañado, turbio, y escuchaba el molino de mano crujir todavía. El molino se detenía y oía cómo a ella no le paraba la boca y recordaba a su esposo, a sus hijos, al pequeño asno, y que a todos amaba, pero a él no volteaba a verlo siquiera, y entonces, envuelto en humo blanco como se ahúma a la colmena, aturdido como el pulpo con verbasco,<sup>4</sup> se hundía en divagaciones filosóficas e imágenes poéticas:

–Si el amor tuviera dardos... si tuviera trampas de lazo... si tuviera llamas... que perforara con sus dardos las ventanas... que calentara los corazones, que tendiera sus trampas arriba en la nieve... Un tal viejo Feretzélis atrapa con sus trampas miles de mirlos.

Se imaginaba el amor como un especie de viejo Feretzélis que pasa sus días allá en lo alto de la colina sombreada de pinos, tendiendo trampas de lazo en la nieve para atrapar inocentes corazones como mirlos ateridos que en vano buscan la última oliva madura en el suelo del olivar. Se acabaron los pequeños frutos alargados de los olivos silvestres del monte Varandá. Se acabaron las bayas del mirto oloroso en el arroyo Marmús. Ahora el canto de los mirlos de oscuro plumaje y los alegres zorzales son víctimas del lazo del viejo Feretzélis.

La noche siguiente cuando volvía, no muy borracho, echó una mirada a la ventana de la Habladora, se encogió de hombros y murmuró:

–Un Dios nos juzgará... y una muerte nos separará.

Y luego, con un suspiro:

–Y un cementerio nos unirá.

Pero antes de irse a dormir le era imposible no cantar por lo bajo su habitual:







Callejuela mía larga y estrecha con tu bajadita hazme también a mí vecino de tu vecinita.

La noche siguiente la nieve tendió su sábana en toda la estrecha y larga callejuela.

–Sábana blanca... que nos ponga blancos a todos ante los ojos de Dios... que blancas se pongan nuestras entrañas... que no tengamos maldad en el corazón.

Tenía una vaga imagen, una visión, un sueño despierto. Como si pudiera la nieve aplanar y blanquear todas las cosas, todos los pecados, todo el pasado: el barco, el mar, los sombreros altos, los relojes, las cadenas de oro y las cadenas de hierro, las prostitutas de Marsella, el desenfreno, la desdicha, los naufragios; que lo cubriera todo, que lo purificara, lo amortajara todo, para que no se presentara desnudo y descubierto, como salido de orgías y danzas europeas, ante los ojos del Juez, del Hijo de Dios, del Trisagio.<sup>5</sup> Que blanqueara y amortajara la callejuela larga y estrecha con su bajadita y su mal olor y la casita vieja a punto de derrumbarse, y el chaquetón sucio y harapiento: que amortajara y cubriera a la vecina, la habladora y falsa, y su molino de mano y su cordialidad, su hipocresía, su parloteo y su brillo, su rubor y su carmín y su sonrisa, su esposo, sus hijos y su pequeño asno: ¡que todo, pero todo lo cubriera y blanqueara, que lo purificara todo!

La tarde siguiente, la última, noche, media noche, volvió más ebrio que nunca.

No se sostenía ya en sus pies, ni se movía ni respiraba siquiera.

Duro el invierno, la casa a punto de derrumbarse, roto el corazón. Soledad, fastidio, la gente pesada, mala, insensible. La salud destruida. El cuerpo atormentado, desgastado, las entrañas deshechas. Ya no podía vivir, sentir, alegrarse. No encontraba consuelo, no podía calentarse. Bebía para mantenerse de pie, bebía para caminar, bebía para resbalarse. Ya no pisaba con seguridad el suelo.

Encontró la calle, la reconoció. Se apoyó en una esquina. Se estremeció. Recargó la espalda, afianzó las piernas. Murmuró:

–¡Si tuvieran las llamas amor!... ¡Si tuvieran nieve las trampas...!

No podía formar una frase coherente. Confundía las palabras y los significados.

De nuevo se estremeció. Se sujetó al pilar de una puerta. Por error tocó la aldaba. La aldaba sonó con fuerza.

–¿Quién es?

Era la puerta de la Habladora, la vecina. Ella podría creer con razón que tenía la intención de subir a fuerza a su casa. ¿Cómo no?

Arriba se movían luces y gente. Quizás estaban haciendo los preparativos. Navidad, San Nicolás, Reyes, la víspera. Corazón del invierno.

–¿Quién es? –dijo de nuevo la voz.

Crujió la ventana. Don Yanniós estaba exactamente debajo del balcón, invisible desde arriba. No es nada. La ventana se cerró con una sacudida. ¡Si se hubiera tardado un instante!

Don Yanniós se apoyaba de pie en el pilar. Trató de cantar su canción, pero en su espíritu hundido las palabras le llegaban como naufragios:

“¡Vecina habladora... larga y estrecha callejuela...!”

Apenas articuló las palabras, tampoco se oyeron casi. Se perdieron con el zumbido del viento, en el remolino de nieve.

–Yo también soy callejuela –murmuró–, viva callejuela.

Se soltó del pilar. Se estremeció, se tambaleó, se inclinó y cayó. Tendido sobre la nieve, cubrió con su estura todo el ancho de la larga y estrecha callejuela.

Trató de levantarse una vez y luego se adormeció. Sintió un horrible calor en la nieve.

“¡Si tuvieran las llamas amor...! ¡Si tuvieran nieve las trampas...!”

Hacía apenas un momento la ventana se había cerrado. Si se hubiera tardado sólo un instante, el esposo de la Habladora habría visto al hombre caer en la nieve.

Pero ni él ni nadie lo vio. Sobre la nieve cayó más nieve. Y la nieve se amontonó, se acumuló dos palmos, lo colmó. Y la nieve se volvió una sábana, una mortaja.

Y don Yanniós se puso todo blanco y se quedó dormido bajo la nieve, para no presentarse desnudo y descubierto, él, su vida y sus actos, ante el Juez, el Hijo de Dios, el Trisagio.

1896

Versión de Francisco Torres Córdova.

**Notas:**

\*Aléxandros Papadiamandis (1851-1911). Prolífico escritor de novelas y cuentos de carácter costumbrista, sobre todo ubicado en su isla natal Skiathos. Más allá del localismo de su obra, se caracteriza por una enorme riqueza estilística basada en la utilización de *katharévusa* y elementos del dialecto de su isla. *La asesina* y *La gitananita* son dos de sus novelas más conocidas. En *En blanco*, tomo II de su obra en prosa, Odysseas Elytis le dedica un extenso y luminoso ensayo titulado *La magia de Papadiamandis*.

1. Embarcación usada en el Mediterráneo, de dos palos, el mayor casi en el centro y el otro en la popa. *Diccionario del uso del español*, María Moliner.

2. Friné, sobrenombre de Mnesareté (conmovedora de la virtud), hetaira griega de gran belleza que vivió en siglo IV aC y murió en 315 aC.

3. Del veneciano *brazzera*, antigua embarcación italiana a dos velas rectangulares. *Diccionario Papadiamandis*.

4. O gordolobo, planta cuyo veneno aturde a los peces y se usa en la pesca. *RAE*.

5. Trisagio, el tres veces Santo, himno que se canta en honor de la Santísima Trinidad. ●



# ELLOS ME ELIGIERON

Rafael Aviña

*Mía es la venganza y la retribución.  
Deuteronomio 32:35.*

**A VECES CIERRO** los ojos e intento detenerme en el recuerdo más antiguo de mi infancia y, de manera instantánea, mi memoria me transporta a un cementerio. Como si se tratase de una película antigua y desgastada a fuerza de ser proyectada una y otra vez, puedo imaginarme de unos cuatro o cinco años, con mis botines, mis pantalones cortos y mis rodillas curtidas de cicatrices, recorriendo las tumbas de los panteones que visitaba. Una costumbre que a la fecha conservo.

No hablo de nostalgia. Recuerdo que más allá del silencio perpetuo y de la sensación de paz y de soledad que envolvía como espesa neblina el camposanto, lo que me atraía era el simple hecho de precipitarme sin descanso por esas estrechas e irregulares avenidas. Correr sin parar en medio de aquellos pasillos de tierra que separaban centenares de hileras y lotes de diferentes tamaños donde se erigían tumbas, lápidas y mausoleos. Sin embargo, lo que más me fascinaba de esas correrías era detenerme de súbito a leer, totalmente al azar, cualquiera de los epitafios de las lápidas. Un juego tácito entre aquellos muertos y yo. Una complicidad que no tenía nada de macabro.

Era un niño. Estaba consciente de eso. No obstante, intuía que aquellas personas que descansaban debajo de la superficie y, de manera más precisa, bajo mis pies, estaban muertas y no regresarían jamás. En ocasiones, solía imaginar que de la tierra se levantaría un brazo descarnado, o una mano huesuda y me sujetaría del zapato hasta obligarme a bajar y hacerle compañía contra mi voluntad. Pero otras veces pensaba que eso sólo sucedía en los libros de *monitos* que mi papá me compraba en el Mercado Abelardo Rodríguez, o en las películas de horror que me ahuyentaban el sueño por las noches y me obligaban a cubrirme todo el cuerpo con las cobijas, aunque acabara bañado en sudor.

Por eso me gustaba imaginar que la muerte de aquellos hombres, mujeres, ancianos y niños, como yo, no había sido en vano. Es cierto, sí, que tal vez algunos de esos cuerpos inertes habían perecido en un inevitable accidente, y el fallecimiento de otros terminó quizá por cortar de tajo las penas de familiares asfixiados por el dolor ajeno, o por las constantes idas a la botica o al médico. Asimismo, tal vez fuera posible que algunos de esos muertos arriesgaron su vida por salvar la de otros. No obstante, también me quedaba claro que varios de esos hombres, mujeres e infantes, habían perdido la existencia de manera brutal y violenta y que con seguridad jamás tuvieron la oportunidad de defenderse.



Era un hecho. Esos muertos en particular clamaban justicia desde ultratumba. Gritaban su rabia y su impotencia desde los epígrafes de sus lápidas. Me susurraban al oído sus lamentos con el sonido del viento, con el crepitar de las hojas o con el ruido de los pájaros que alzaban el vuelo de momento. Pero en otras ocasiones lo hacían con ese sonido repulsivo y molesto que producen las alimañas al arrastrarse por el camposanto. Y todo con el fin de ser escuchados por alguien. Y ese alguien era precisamente yo.

Repito, era sólo un chamaco pero imaginaba, o más bien intuía, que el eterno descanso de esos cadáveres dependía de las acciones de otros. Y no me refiero sólo a rezar un padrenuestro por cada tumba cuyo nombre hubiera leído en voz alta, como solía obligarme a hacerlo mi tía Clementina, luego de esperar con paciencia y cierta crueldad, a que al menos lo hubiera hecho con unas cincuenta lápidas. No, por supuesto que no. Su reposo dependía de alguien que los vindicara. De ahí que buscaran con desesperación a una persona que los oyera para desagraviarlos en el mundo de los vivos, contando tan sólo con sus nombres grabados en roca, madera, mármol, e incluso en un modesto ladrillo garabateado con pintura.

Supe desde entonces y más aún en ese 24 de diciembre que visitamos la tumba de mis abuelos, que mi destino estaba signado y que se había fraguado en uno de tantos cementerios que visité emprendiendo correrías demenciales, como lo hacía Eli Wallach en *El bueno, el malo y el feo*, buscando una lápida que ocultaba un tesoro. Era evidente que sus lamentos crujían bajo mis botines y más tarde bajo mis mocasines. Por alguna extraña razón que desconozco, esos muertos se fijaron en mí. Me eligieron. No había duda alguna y yo decidí corresponderles. No en ese momento, cuando apenas asistía a la escuela de párvulos. Sería más adelante, cuando tuviera la edad suficiente para convertirme en policía detective y asumir una responsabilidad que me quemaba por dentro, pero cuyo calor me reconfortaba, como la placa que me impondrían en el pecho y que desde entonces llevo tatuada en las entrañas... ●

# LA NAVIDAD EN CASA

Luis Tovar

a Isaura

**EN EL PATIO** delantero de la casa, en la esquina derecha al fondo, desde hace muchos años hay una maceta grande sostenida por una base de fierro de tres patas, que Isabel eligió para plantar sus nochebuenas. Con el tiempo, el tallo fue ganando altura hasta que alcanzó la parte superior del ventanal. Igual que otras, ésta no ha florecido nada más en invierno sino indistintamente en cualquier época del año, pero ya es diciembre y hace días, o más bien semanas, que la nochebuena está desnuda.

A ella le gustaba mucho podar a mano limpia las hojas secas, tronchadas o con algún indicio de plaga y, como no eran menos de treinta macetas nada más en el patio delantero, podía pasar una hora o dos en la faena. Los vecinos y hasta los transeúntes ocasionales ya sabían que muy probablemente se la iban a encontrar ahí por la mañana o por la tarde, y no era infrecuente algún diálogo breve y elogioso para “sus plantitas”. Hacia el final, el arreglo del jardín se convirtió no sólo en su actividad predilecta sino en la única y, con toda seguridad, acabó siendo su última labor digna de ese nombre.

Como es la habitación que conduce al patio trasero, se le instaló un muro falso de madera con cancel para poder pasar sin entrar a la recámara, de modo que el espacio concebido para ser un clóset quedó en el pasillo nuevo. No se le pusieron puertas, sólo una cortina detrás de la cual yacen maletas, cajas de cartón apiladas que pueden contener lo mismo un electrodoméstico fuera de uso, fotografías u objetos diversos de tela, adornos viejos. Dentro de una de esas cajas están las figuras del *nacimiento*: pastores, borregos, gallinas, cerditos, bueyes, burros y hasta peces pues, además del obligado musgo, a Isabel siempre le gustó representar un río con una tira de papel aluminio. En otra caja, desproporcionado en cuanto a escala, está *el misterio*, como ella siempre lo nombraba: los Reyes Magos, el arcángel, José, María y El Niño, siempre último en ocupar su sitio en la maqueta, y que esta vez lo más probable es que no salga de la caja ni que vuelva a hacerlo más.

Unos lo hacían con convicción y de buen grado y otros no tanto, pero nadie le negaba a Isabel el gusto de arrullar entre todos al Niño Dios, que pasaba de brazo en brazo, era besado y, al finalizar ronda y rezos era puesto en el pesebre, donde habría de permanecer hasta el día de la Candelaria, al pie del árbol –artificial, cubierto de esferas y de luces y, en la base, falsas cajas de regalos– que, como el *nacimiento*, todos

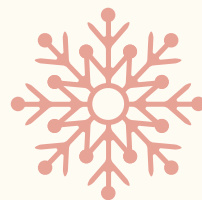
los años ocupaba el rincón al fondo del comedor, de donde este año no serán retirados el garrafón del agua ni la alacena con ruedas sobre la cual se pone el microondas; no hará falta porque *nacimiento* y árbol pasarán la Navidad dentro de sus respectivas cajas.

En uno de los cajones del trinchador, ese mueble largo de madera oscura sobre el cual descansa la vitrina, están los manteles del comedor, uno de los cuales tiene estampados de nochebuenas, muérdago y esferas sobre fondo blanco. No es como los otros ahí guardados, que Isaura bordó pacientemente durante muchos años: flores, grecas, figuras caprichosas basadas en algún patrón que se repite, pero ninguno alusivo a la Navidad. No es que no haya deseado tener uno salido de sus manos pero llegó el momento, del que sólo ella supo la razón, en el cual así como dejó de escuchar música o de querer salir de viaje, también dejó de tejer y de bordar. Ahí están las carpetas de ganchillo sobre los descansabrazos en los sillones de la sala, y el algún otro cajón debe reposar el mantel bordado a medias que, de haber sido terminado, habría vuelto innecesaria la compra del otro, idéntico al que debe haber en muchas casas.

Llegado el momento, Isabel solicitaba a cualquiera de sus hijos que le ayudara a poner el mantel de Navidad. Había que levantar el pesado y grueso cristal sobre la mesa, quitar el mantel previo, extender el navideño y colocar el cristal de nueva cuenta, poniendo atención en que las orillas quedaran parejas y el dibujo de las nochebuenas no estuviera chueco. Hacia las diez u once de la noche la mesa rebosaría de viandas y bebidas y, con Isabel en una de las cabeceras, no menos de quince comensales habrían de cenar; más veces pierna adobada que guajolote, casi nunca bacalao, pero lo mismo romeritos, ensalada, quizás algún *soufflé*, todo lo cual había podido ser llevado listo o cocinado ahí, en el horno de la casa, ahora completamente frío.

La fachada de la casa no tiene mayor gracia: hay una reja y dos batientes, de metal también, que dan al patio; las decenas de macetas; el ventanal de piso a techo cubierto por dentro con cortinas beige. Una estrecha franja de cemento, en la entrada, sirve para medio guarecer a quienes entren si acaso llueve, y de esa franja pende un foco, siempre desnudo salvo en Navidad, cuando Isabel lo vestía con una farola plegable de papel lleno de colores. Completaba el adorno con escarcha y pequeñas espirales–arcoiris de aluminio, de un extremo al otro, y con eso quienes pasaran por la calle podían ver, como en las otras, que en esa casa la Navidad había llegado.

No esta vez ●



# POSTALES DE NAVIDAD O SIEMPRE HAY UN MUNDO MÁS ALLÁ DEL TUYO

**Antonio Valle**

**SI USTED DESEA** escribir historias de amor y su *alter ego* no se lo permite, entonces lea estos pequeños pasajes decembrinos. En caso contrario, pase a los otros textos; serán más apropiados que lo que ofrecen estas líneas.

## Dylan Thomas

De pronto al amanecer, en medio de una borrachera de versos, no dejó más que un nido de poemas a punto de abrirse, no sin antes romper la vitrina llena de tacitas chinas de su tía, la malvada, y salió a ver los azules acantilados de su infancia.

## Navidad posmoderna

Como todo lo sólido se desvanece en el aire, incluidos los valores más preciados por Occidente, no quiero comenzar el año nuevo/ con este mismo amor y con las mismas alucinaciones de siempre.

## Aristófanes en un intercambio de regalos en una compañía de promesas neoliberales:

Sea humilde, regálea a su chica unos *jeans* rotos; ahora le costará una pequeña fortuna, pero recuerde que hubo un tiempo en el que la mezclilla fue un regalo sólo para la clase obrera.

Todos creemos que somos excelentes seres humanos; sin embargo, usted lo sabe, si piensan mal de usted acertarán. Si permanece atento a su verdadera voz interior (o a la voz de sus seres queridos) quizás alcance a vislumbrar el camino que lo llevará zigzagueando a su inconsciente.

## Dickens en Gaza

Encienda la TV abierta y prepárese a sufrir una larga depresión. Le servirá para morir durante todo el año.

## Ismael Rodríguez

Reúna en su set privado (una hoja en blanco) a los mejores representantes de la injusticia social, mézclelos bien con ciudadanos reactivos y escriba un buen dramamex.

## Freud navideño

Antes de que escriba una edificante historia de Navidad, abandone su sistema de creencias sobre la religión, el sexo y la sempiterna bondad de los niños; sobre todo, dude de la certeza de ser lo que usted cree que es.

## Alfonso Cuarón en Roma

Para sobrevivir al fascismo mexicano y a “la ensalada de locos” (entradas favoritas de la clase media de los años setenta) recuerde: la culpa no la tiene la india, sino quien no la hace su nana, o mejor, su auténtica madre.

## Ezra Pound

Poeta que escribió en mandarín y en latín, no tuvo pavor de Idaho ni tuvo buen fin.

## Herodes

Creó ser el único rey del 28 de diciembre. Su historia es un cuento de niños comparada con la guerra de las galaxias desatada en Palestina.

## José José

Ya supérelo, su soledad es pasajera, regrese y bese a su almohada borracha de angustia.

## Carlos Fuentes

No podrá engañar a su caifán interior; además de que “Santa” es “Monisi” en realidad, usted sabe que por su *crush platónico*, “le ha dado por llorar como el mar”.

## Pedro Infante

Durante la escena de año nuevo en *El inocente*, la lucha de clases se suspende por una noche en una copa de champaña. Ya muy borracho Pedro, el pobre, le cantó a una Silvia Pinal pudiente: “Ya te perdoné/ porque lograste hacer feliz mi corazón/ y aunque no vuelvas a brindarme tu calor/ tuyo es mi amor.”

## Luis Buñuel

Si de verdad tiene ganas de conocer a sus seres queridos, este año nuevo invítelos a festejar la fiesta del dios Jano, el héroe bifronte que mira hacia el pasado y hacia el futuro. Luego enciérrelos para que su Ángel exterminador les retrate el espíritu.

## Sam Shepard le pregunta a una nomadland:

-¿Crees en Dios?

-Sí.

-Ah, entonces ve a donde quieras ●

## La flor de la palabra/ Irma Pineda Santiago

### Henestrosa: un hombre de claroscuros

“UNO PUEDE HABLAR veinte idiomas, pero la lengua materna es en la que se sueña, se llora y se blasfema”, decía Andrés Henestrosa para enfatizar su amor por su lengua, el *didxazá*. Con su primer libro *Los hombres que dispersó la danza* (1929), este autor inició una nueva corriente, la literatura indígena, es decir, las historias de indios contadas por ellos mismos, a diferencia de los relatos indigenistas donde la voz conocedora era la del antropólogo o el estudioso de los pueblos. Además, se convierte en un parteaguas para la literatura mexicana, en una época en la que se leía a autores extranjeros, como André Breton y Jean Cocteau, y se trataba de imitar sus estilos.

Andrés Morales Henestrosa, nacido en Ixhuatán, Oaxaca, en 1906, dijo en alguna entrevista que prefería omitir su primer apellido para darle más peso al de su madre, Martina, la encargada de su crianza y formación, luego de la muerte temprana de su padre. Quizá esta acción fue el elemento simbólico de la reconstrucción de Henestrosa, el entierro del niño temeroso e ignorante, para dar paso al hombre ilustrado que recorrió el mundo hablando de su cultura. El mismo que llegó a Ciudad de México, con dieciséis años, en busca de José Vasconcelos, entonces titular de la Secretaría de Educación, quien en una visita por la región istmeña había ofrecido su apoyo a jóvenes indígenas que desearan estudiar. Vasconcelos apoyó de manera fundamental al joven Andrés y lo introdujo en el mundo intelectual y artístico postrevolucionario. Forjó entonces estrecha amistad con el pintor Manuel Rodríguez Lozano y conoció a Antonieta Rivas Mercado, quien se convirtió en su mecenas.

En casa de los Rivas Mercado, Henestrosa descubrió y se impresionó con las lecturas de *El libro de las tierras vírgenes*, de Rudyard Kipling; *El decamerón negro*, de Leo Frobenius, los catorce tomos de *Las musas lejanas* (mitos y leyendas de países como Egipto, China, Alemania, India, Malasia, Francia, Rusia y Polonia). Al concluir su lectura, se dijo: “Las leyendas y los mitos que escuché en mi infancia no son menos que éstos”, y se dio a la tarea de escribir su primer libro. En 1936 Henestrosa obtiene la beca Guggenheim para hacer un diccionario zapoteco-español y recuperar el significado de la cultura zapoteca dentro del marco de Mesoamérica, a partir de investigaciones en los archivos y bibliotecas de Berkeley, Chicago, Nueva Orleans y Nueva York. Para 1965, este escritor ya formaba parte de la Academia Mexicana de la Lengua.

Henestrosa también publicó *Retrato de mi madre* (1949), *Cuatro siglos de literatura mexicana* (1946), *Los cuatro abuelos* (1960), *Los hispanismos en el idioma zapoteco* (1964), *Acerca del poeta y su mundo* (1965), *Los caminos de Juárez* (1970), *Alacena de minucias* (1970), una *Confidencia a media voz* (1973), *De México y España* (1974), *De Ixhuatán mi tierra a Jerusalén, tierra del señor* (1976), *El remoto y cercano ayer* (1979), *El maíz, riqueza del pobre* (1981), *Espuma y flor de corridos mexicanos* (1977), entre otras obras. Su vasta producción literaria le dio reconocimientos como el Premio Nacional de Lingüística y Literatura, el Premio Internacional Alfonso Reyes (1992) y la Medalla Belisario Domínguez (1993, otorgada por el Senado de la República).

Andrés Henestrosa fue un hombre de claroscuros. A la par de su trayectoria literaria desarrolló la política. En más de una ocasión fue diputado y senador de la República, y se le reclamó que, a pesar de su cercanía con el poder político y su postura oficialista, poco hiciera por su tierra, de la que tanto habló y a la que tan poco le dio. Aquí retomo las palabras del escritor istmeño Gerardo Valdivieso, quien ha dicho de este autor: “Sus flaquezas y sus virtudes son las que lo hacen un hombre contradictorio, odiado por unos, amado por otros, pero profundamente humano y es lo que lo hizo un personaje interesante. Sus virtudes habrá que calibrarlas con sus defectos y sus faltas.” ●



▲ Escena de la obra dirigida por José Luis Cruz. Foto cortesía de la producción.

## La otra escena / Miguel Ángel Quemain quemain@gmail.com

### Final de partida, quién le teme a Beckett

UNO DE LOS montajes más interesantes que despiden 2023 es *Final de partida* de Samuel Beckett bajo la dirección de José Luis Cruz. Se trata de un clásico que ha tenido por lo menos diez montajes de directores y compañías de alto profesionalismo, mismo que demuestran haciéndose cargo de su complejidad para la escena y de una dramaturgia instalada en la discusión filosófica tanto en lo ético como en lo epistemológico.

Hace más de treinta años tuve oportunidad de ver *Baal* de Bertolt Brecht en el sótano de la Facultad de Arquitectura, dirigida por el ya joven maestro y generoso artista José Luis Cruz, exigiéndose congruente con los desafíos que le proponía a jóvenes, más jóvenes que él y devotos cómplices de todo el concierto escénico: la música, la luz, la escenografía, el vestuario y el texto de un clásico que lo sostenía, que mostraron cómo esa estela destructiva del joven poeta brechtiano llega hasta nosotros normalizada, pero ahora con nombres inéditos, como feminicidio.

Aunque José Luis Cruz aprendió a escribir, reescribir y a elaborar traducciones/versiones personales para la escena de textos canónicos, pienso que su relación con la literatura permite dimensionar y diferenciar qué necesita, de la gran literatura, el gran teatro, y esas han sido algunas de las propuestas que ha ofrecido, para que se lo piensen quienes creen que escribir teatro es como hacer guiones.

Hay un aspecto que me parece muy importante señalar porque habla de la credibilidad, de la legitimidad, que alcanza un artista con el transcurrir de los años. Tiene que ver con las buenas compañías de José Luis Cruz, el amor de sus actores por su trabajo, por el teatro, por la forma evidente en la que se traza sobre la grandeza de sus actores: Ainé Martelli (quien también es una extraordinaria manipuladora de objetos y títeres), Evaristo Valverde, Carlos Mendoza y Guillermo Díaz (parte de un esfuerzo de conjunto perdurable fincado por Ollin Kan y Badulake Teatro).

En la última función del año ahí estaba emocionado Alberto Estrella, a nombre de El Círculo Teatral, agradecido y con la garganta hecha nudo y la voz quebrada, reconociendo ese talismán que su hospitalidad recibe en ese teatro fénix que demuestra que de las cenizas podrán salir todas las veces que sea necesario, porque su fuerza viene de la impronta escénica de la especie.

No puede ser de otra manera para quienes tienen el deber de responder por una herencia que llegó a nuestro siglo con las experiencias de Héctor Mendoza, Margules, Gurrola, Jodorowsky, y que explica por qué, en medio de tantas dificultades políticas, económicas y hasta ambientales, siguen haciendo teatro estas criaturas.

Con todo y que la obra es un puño, un músculo cardíaco muy resistente a las tensiones poéticas que lo dilatan; que la música original de Alejandra Garcés le da un tono de inédito e inaugural a este montaje; que el vestuario de Lilita Viguera y Juan Arzabe forma parte de esta inmortalidad de la plasticidad de lo abstracto, lo que me parece de un poderoso aliento visual, y un logro mayor, es la pintura escénica del director.

No lo sé de cierto, pero creo que es un tributo a nuestros más grandes artistas plásticos en la escena mexicana, desde Tamayo y Soriano, Cuevas, el propio Gurrola, Stamatiades, Galán, Orozco, Vlady, Nissen. Es un guiño que le da un enorme poder a la representación, porque inmortaliza la imagen al modo de un cuadro, al tiempo que transcurre atravesado por un movimiento musical ya inolvidable.

La paradoja consiste en aceptar que esta puesta en escena es un alegato a favor del teatro como el portador del fuego nuevo de la esperanza y, al mismo tiempo, es el relato devastador de una civilización decadente que representa todas nuestras postguerras, las íntimas y las globales, las de la geopolítica de la destructividad humana y ambiental. ¿Quién le teme a Samuel Beckett? Por lo pronto, José Luis Cruz, no ●

## Galería/

## José Rivera Guadarrama

## La sabiduría de Sileno

CUENTA UNA ANTIGUA leyenda que el rey Midas había perseguido en el bosque a un sabio de nombre Sileno, considerado un fiel acompañante de Dioniso. Después de varios intentos, por fin el rey lo tuvo enfrente y aprovechó la oportunidad para interrogarlo sobre una cuestión fundamental que había pensado y analizado durante largo tiempo.

El rey Midas le preguntó: “¿Qué es, para el ser humano, lo mejor y más ventajoso de todo?” El rígido Sileno guardó un perturbador silencio. Instantes después, acabó prorrumpiendo estas palabras en medio de una risa estridente: “Miserable especie de un día, hijos del azar y del cansancio, ¿por qué me obligas a decirte lo que para ti sería muy provechoso no oír? Lo mejor de todo es, sin lugar a dudas, inalcanzable para ti: no haber nacido, no *ser*, *ser* nada. Y lo mejor, en segundo lugar, es para ti morir pronto.”

Nietzsche cita esa anécdota en *El nacimiento de la tragedia*, de la que tiene amplios antecedentes en textos de la Antigüedad griega, analizados y estudiados por él desde la adolescencia. Hay otras versiones de esta antigua sentencia, pero en todas se percibe la misma situación. Por ejemplo, la atribuida a Teognis de Mégara: “De todas las cosas, la mejor es no haber nacido ni ver como humano los rayos fugaces del sol; y, una vez nacido, cruzar cuanto antes las puertas del Hades, y yacer bajo una espesa capa de tierra tendido.”

En *Edipo en Colono*, Sófocles postula así la respuesta: “No haber nacido es la suprema razón; pero una vez nacido, el volver al origen de donde uno ha venido es lo que procede lo más pronto posible. Porque cuando se presenta la juventud con sus ligeras tonterías, ¿quién se libra del dolorosísimo embate de las pasiones? ¿Quién no se ve rodeado de sufrimientos? Envidias, sublevaciones, disputas de guerras y muertes. Y viene, por último, la desdeñada, impotente, insociable y displicente vejez, en donde los mayores males de los males conviven.”

En todas las versiones hay una constante: se deplora la vida, considerada como un castigo y, por lo tanto, para los humanos es la mayor de las desgracias. En realidad, Sileno en ningún momento es pesimista. Lo que señala es la finitud de la vida, su fugacidad, el rápido y constante deterioro del cuerpo humano. Lo que se tiene que hacer es amar la vida y todas sus formas, crear, procrear, a condición de que se tenga la fuerza suficiente de amar la verdad que anida en el fondo de toda nuestra existencia. En Sileno se percibe el exceso, la desmesura; falta la contraparte, que sería la circunspección, la prudencia. Es aquí cuando la vida se vuelve placentera y recupera toda plenitud.

Sileno aporta una parte efímera de nuestra condición, una unidad que se reconcilia con la vida y la afirma, aunque entrañe dolor. Este pesimismo, dirá Nietzsche, fue superado por los griegos por medio de la creación artística y la ilusión apolínea.

Para el filósofo alemán Manfred Kerkhoff, en las palabras de Sileno resuena lo efímero de nuestra existencia, pero más allá de nuestra transitoriedad hay un peso mayor: el hecho mismo de estar vivo. Kerkhoff se pregunta: ¿cuándo es el tiempo justo para morir? ¿Nos invita la sabiduría de Sileno a una consideración sobre el darnos la muerte?

No se puede negar la existencia en razón del sufrimiento, porque con esto se pone de manifiesto la incapacidad del ser humano para encontrarle un sentido. Más bien, con nuestra existencia se afirma el sufrimiento para asumir ante él una visión creativa, es decir, para que nunca sea un estorbo para el despliegue de la vida de nuestra especie.

La figura de este sabio está representada en bustos, pinturas y mosaicos diseminados por diferentes partes de la Grecia y Roma clásicas. En los siguientes años se volverán a retomar estos motivos en la pintura y en la escultura de artistas, como Piero de Cosimo y Rubens ●

## La alegría de la Navidad

## Spiros Katsimis

Tres pequeños niños descalzos fueron

a liberar la alegría de la Navidad

de las vitrinas de sus sueños,

recorriendo con su mirada sonriente

sus vitrinas. Esta noche

tres pequeños niños descalzos

tenían las manos heladas y reían

los ojos ennegrecidos y reían

con la dulce ilusión

de la Navidad.

Spiros Katsimis nació en Kérkira, en el Eptaneso, en 1933. Estudió Derecho en la Universidad de Atenas y trabajó como periodista en diarios atenienses, en revistas y en la televisión estatal. Ha colaborado en varias revistas literarias como *El Árbol*, *Ensayo*, *Letras y Artes*, *La Palabra*, etcétera. En su patria chica fue miembro del consejo de redacción del periódico *El Primer Escalón* y responsable del programa *Arte y cultura* del Canal 1 estatal. Es autor de veinte libros de poemas y ha sido traducido al inglés, francés, alemán y polaco. También es pintor.

Versión de Francisco Torres Córdova.

**Bemol sostenido/****Alonso Arreola**

Redes: @Escribajista

*125 años de Deutsche Grammophon*

CON SENDOS CONCIERTOS en Berlín, Filadelfia y Seúl, el mítico sello discográfico Deutsche Grammophon celebró 125 años de vida en los primeros días de este diciembre. En ellos participaron músicos consagrados así como jóvenes prodigio del mundo clásico: Joana Mallwitz, Bomsori, Kian Soltani, Rafał Blechacz, André Schuen, Bruce Liu, Yannick Nézet-Séguin, María Dueñas, Hélène Grimaud, Moby y Víkingur Ólafsson. Pero eso no es todo, lectora, lector. Fiel a su impulso vanguardista, la compañía lanzó su plataforma Stage+ y se lió en proyectos de distribución con Amazon y Google Arts & Culture. Eso además de producir la serie documental en línea *The Sound of Art*, a cargo del director Eric Schultz. En ella vemos la historia de la compañía, ilustrada con fotografías, videos y audios de sorprendente especie, comenzando por la creación de su simbólico *cartouche*. Nos referimos a ese emblema amarillo, símbolo de calidad y promesa de lujo, que a tantos ha acompañado durante su melomanía.

Todo comenzó con Emile Berliner, su fundador e inventor del gramófono. ¿Qué ruta puede ser más adecuada que ésta? Hablamos de un hombre creativo que, además de amar la música, persistió en una idea otrora fantástica: ese raro artefacto, un día, sería producido en masa y daría nacimiento a la industria musical.

Actualmente Deutsche Grammophon es parte del grupo Universal Music. Cuenta con setenta empleados ubicados en su bello edificio a la vera del río Spree en Berlín, Alemania. Ello nos hace reflexionar sobre esto: cuando una empresa ligada a la cultura sobrepasa cierta cantidad de años, trascendiendo generaciones, entonces juega un papel clave e indiscutible en el rumbo de las tradiciones.

Pensemos. En 1900 imprimían treinta y seis mil discos diariamente. Fue cuando Berliner comenzó a firmar y grabar artistas. Cuando los discos eran de pasta gruesa y contenían una única canción surcada en un solo lado. Cuando su cantante más vendido era Enrico Caruso, el gran tenor italiano que pudo trabajar con compositores como Puccini o Giordano.

Ello nos dice que, gracias a su impronta en un álbum, hoy podemos escuchar lo que de primera mano deseaban transmitir esos autores. Un privilegio que antes del gramófono era imposible alcanzar. Ahora que también, aunque en sentido contrario, un instrumentista, compositor o director de nuestros días que desee tomar derroteros heterodoxos para una obra conocida o grabada durante el siglo pasado, verbigracia, hoy puede comparar sus intenciones con múltiples orquestas y aproximaciones registradas en distintas latitudes.

Ese es otro asunto importante: Deutsche Grammophon extendió su influencia a niveles imperiales a lo largo de doce décadas, cubriendo gran parte del globo. Resistió dos guerras mundiales, prohibiciones (como la de grabar música inglesa o judía) y destructivos bombardeos, todo gracias al poder de la música y de su inevitable conquista del aire.

Fluyó con la tecnología cambiando formatos. Fue el primero en grabar una sinfonía completa, así como el primero en grabar con equipo estereofónico. Siendo el más antiguo del mundo, entendió que su responsabilidad iba mucho más allá de buscar el éxito y las utilidades. Apostó por desarrollar nombres que, incluso con enorme talento, no hubieran despuntado en nuestros oídos.

Así, no hay autor o ejecutante de renombre que esté fuera de su catálogo. Pensamos, por ejemplo, en el gran Leonard Bernstein, director que hoy renueva su fuerza en la memoria gracias a la película que este mismo mes llegará a las salas de cine y a la plataforma del logotipo rojo. Un filme dirigido, escrito y protagonizado por el melómano y galán de Hollywood Bradley Cooper, coproducido por él mismo junto a Steven Spielberg y Martin Scorsese. Pero esa es otra historia. Hoy hay que celebrar a Deutsche Grammophon y abrir la llave de su eco. Buen domingo. Buena semana. Buenos sonidos ●

**Cinexcusas/ Luis Tovar @luistovars***Re/cuento 2023 (I de II)*

## Las cuentas

EN DÍAS RECIENTES, la CANACINE (Cámara Nacional de la Industria Cinematográfica mexicana) dio a conocer que, contando hasta el lunes 27 de noviembre de este año, en nuestro país se había vendido la friolera de 218 millones de boletos para entrar a un cine, lo cual supone un incremento sustancial si se compara con los que se vendieron en 2022, en un lapso idéntico, cuando fueron adquiridos 164 millones de boletos. Es decir, tanto como treinta y tres por ciento, un tercio exacto más.

Siempre con la misma fecha de corte de caja, el aumento fue mayor en términos monetarios: con 14 mil 631 millones de pesos alcanzó el treinta y seis por ciento. La CANACINE no abunda en las causas de la disparidad en los aumentos –33 versus 36–, que bien podrían deberse a la adquisición de boletos para salas de suyo más costosas, como IMAX o cualquiera de esas cuyo atractivo consiste sobre todo en butacas gordas y más comida ídem disponible, o bien a que hayan aumentado los precios generales con el pretexto sempiterno de los costos y la inflación.

En todo caso, lo anterior arroja como dato concreto que el costo promedio del boleto cinematográfico en México es, hasta la fecha, de 89 pesos con 21 centavos. Considerando que el salario mínimo es de doscientos siete pesos diarios, para meterse a un cine hay que desembolsar el cuarenta y tres por ciento de dicho sueldo mínimo (entre paréntesis sea dicho: hace cinco años apenas, en 2018, ese mínimo era de ochenta y ocho pesos con treinta y seis centavos; si los “aumentos” del neoliberalismo brutal hubieran continuado, habría faltado un peso para poder meterse a un cine y eso, por supuesto, en las salas más baratas).

La CANACINE no lo despepita, muy posiblemente porque han de ser reacios a proporcionarlos quienes tienen esos datos, pero de esa fortuna monetaria la parte mayor ha de haber sido para Cinépolis, por la sencilla razón de que, siendo el dueño de la mayoría de las salas cine-

matográficas que existen, de acuerdo con el refrán, tiene más saliva y por lo tanto traga más pinole. El segundo lugar debe ser para Cinemex, y ya el tercero vaya usted a saber entre cuántos liliputienses se lo podrían disputar, incluyendo –ni modo, con todo y su nueva sucursal capitalina– a la Cineteca Nacional.

Conviene recordar lo que se ha aclarado en este espacio, a propósito de cuentas y re/cuentos: que hayan sido comercializados doscientos dieciocho millones de boletos no significa que la misma cifra de individuos entraron por lo menos una vez a una sala; significa que hubo quienes fueron no una sino dos, tres veces o más quizá.

Fuera de paréntesis, sería muy interesante saber el dato de qué porcentaje de la población total va al cine y cuál no asiste nunca, o casi, y completarlo con un somero estudio socioeconómico en virtud del cual se supiera, pero con datos concretos, lo que pareciera obvio: no sólo por cuestión de poder adquisitivo sino en función de dónde se ubican los complejos cinematográficos y dónde brillan por su ausencia, se revela como muy probable que al cine asiste sobre todo la clase media-media, la media-alta y, menos que ellas, las media-baja y la baja a secas.

El desconocimiento de información al respecto –aunque quién sabe si tal ignorancia sólo corresponde a los legos, como uno, mientras los muy bien informados dueños de la exhibición y la distribución saben al dedillo quién les llena las alforjas– tiene consecuencias que rebasan el asunto monetario, en más de un orden: comenzando por la distorsión económica y sociocultural, naturalizada hasta el tuétano de Mediomundo que ya aprendió a pensarlo absolutamente todo en términos de “rentabilidad”, implícita en la susodicha ubicación de multiplexes pero también de “salas de arte” y hasta cineclubes, que dejan en la inopia cinematográfica al grueso de la población en términos territoriales, y concluyendo en el asunto de lo que se exhibe y para quién, de lo cual se hablará en la siguiente entrega. (Continuará.)



# MANIQUÍES



**Alejandro Montes**

**LUCÍA SE ASOMBRÓ** al ver a los maniqués. Parecían venir de tremenda romería los trajes portados con garbo por los muñecos del aparador de la tienda de caballeros. Había gotas de vino en la corbata de uno, olor a cigarro en el saco de otro, manchas de labial en la camisa de uno más y propaganda de El Babalú en los bolsillos. Miró desconfiada los fríos rostros de los hombres de plástico. Como ayudante de sastre del lugar, Lucía se preocupó: ¿Y si don Bulmaro, el sastre principal, preguntaba? Con la mirada los maniqués pedían velar el secreto. Lucía sospechó de los otros empleados. Recordó cómo presumían los lances de los sábados por los cabarets: exclamaban que bebían y bailaban hasta el amanecer con las damas de ahí. Seguro alguno tomaba la ropa de exhibición para usarla la noche del sábado y regresarla el lunes por la mañana. El truco falló. Lucía cambió los maniqués. Limpió la ropa sucia. Así vería la reacción de los demás para topar al culpable.

Víspera navideña: la gente miraba la ropa, los vendedores mostraban novedades. En el fondo del local, en el taller de sastrería donde ella y el sastre arreglaban mangas, dobladillos, forros, todo normal. Los maniqués hacían inalterables su trabajo. Lucía preguntó: ¿No ha visto nada extraño en los trajes de exhibición, don Bulmaro? La cara inflada del viejo fue indiferente. Severo levantó los lentes de su nariz, la miró de reojo para responder: Más trabajo, menos plástica. Pensó que don Bulmaro, en sus más de treinta años de sastre, jamás se atrevería a tal falta. Algún vendedor fue el autor.

En la hora de la comida, Lucía observó detrás de los probadores al par de vendedores y al cajero con los alimentos traídos de sus casas. Reían de bromas obscenas. Ella comía en el taller, ante la seriedad de don Bulmaro; pero fue donde ellos. Los empleados, al verla con su *tupper* de alimentos, callaron. ¿Se le ofrece algo, Lucía?, preguntó el vendedor de mayor tiempo. No dijo nada sobre los maniqués: ¿Alguno irá a bailar al Babalú el sábado de Navidad?, dudó al preguntar. Sorpresa ante la cuestión. Ella no hablaba con nadie, su trato no pasaba de saludar y despedirse, punto. Aún no lo hemos decidido, dijo el cajero. ¿Le gustaría ir a bailar conmigo, Lucía?, preguntó con mofa el más joven de todos: movió la cadera sensual. Explotaron risas; ella regresó al taller. Tras su espalda escuchó comentarios de la bragueta de sus compañeros; sintió como si uno de los maniqués fuera testigo silencioso. Se enojó.

Al cierre los empleados salieron del local para dispersarse por el Centro. Ella caminó por la calle de Cuba; se internó en el edificio de departamentos viejos. Cenó café con pan. Antes de dormir, escuchó el bullicio de la calle por la ventana, imaginó tener familia con marido e hijos.



Recordó la mirada de los maniqués. Esa noche sintió asco del café con pan.

Llegó Navidad. Muchos hombres acudieron temprano a la tienda para pescar alguna ganga y verse bien por la noche. Lucía afirmó la entereza de la ropa de los maniqués. Miró el comportamiento de los demás. Nada: los vendedores con su labor, el cajero con las ganancias. Don Bulmaro entregó los pendientes del taller, ella miró desde su máquina de costura cómo se pasó el día. Llegó el cierre. El cajero pagó el salario semanal. Las bromas de los vendedores eran picosas sobre cómo gastar el dinero en Nochebuena. Don Bulmaro guardó silencio ante la alegría de los demás. Ella recibió su paga. El vendedor joven dijo: ¿Entonces qué, Lucía, la llevo al Babalú? Todos rieron mientras el joven movía sugerente la cadera. Sin despedirse salió apresurada, con las mejillas rojas, las manos sudorosas, deseando que esa maldita tienda quebrara. Miró la frialdad de los maniqués. Se dijo imbécil para sí.

Pero esa noche no se resignó a permanecer sola en su departamento. Retiró el café y el pan. Descubriría al autor; lo acusaría para que lo despidieran. Deseó culpar al más joven, a ese imbécil infeliz. Se alistó lo mejor posible. Los casi cincuenta años se veían con claridad a través del único vestido que tenía. Lo compró para la graduación de secundaria de un sobrino. Se lo puso. Caminó por Cuba hacia el Eje Central; ahí pidió un taxi que la llevó al Babalú. La noche navideña sonaba a fiesta con gente deseosa de diversión, extranjeros en busca de aventuras, música para bailar cachondamente. El lugar estaba atiborrado. Al entrar miró la pista; escuchó la orquesta tropical marcando ritmo para deleite del público. Un mesero la abordó, le preguntó si venía acompañada. Lucía lo negó. Pidió cerveza al mesero; éste la llevó a una mesa en el rincón. La música, el brillo de las luces, tronaban. Las parejas bailaban; Lucía las miraba para hallar al culpable. Sólo desconocidos. Se sintió ridícula, sola, con la lengua agria a media cerveza tibia. Quiso llorar pero se contuvo: uno de los maniqués la tomó del brazo y la sacó a bailar en Navidad ●